

RÉPLICA

Gerardo Oviedo

Tal como declaro en mi artículo, mi objetivo se limita a iluminar un momento interno en el despliegue del pensamiento historicista de José Luis Romero, en este caso asociado a la traza vitalista que en él dejara el influyente pensador Saúl Taborda. Razones de espacio y tratamiento me llevaron a no estribar mi exposición hacia los contextos de debate y la discusión de literatura secundaria. Entiendo por ello que llamar la atención sobre mi omisión a la polémica en torno a la “barbarie”, es tan adecuado como sería el invitarme a prolongarla en otras disputas, por caso la del mismo criollismo que el propio Juan Arrieta apunta, o bien de las contra-narrativas historiográficas “revisionistas” que aquél no menciona pero que son igualmente centrales en la misma década hasta la cesura del primer peronismo (de Ernesto Palacio a las derivas de FORJA), y que desde el punto de vista historiográfico, resultan harto decisivas. De todos modos admito la licitud de que las elecciones temáticas individuales y sus recortes analíticos siempre se sometan a requisitoria.

Juan Arrieta observa con agudeza que mi valoración del telurismo deja abierta una sospecha de determinismo que precisamente trato de deslindar en José Luis Romero, y por elipsis en mí mismo. Acaso semejantes cargos son ineludibles cuando se asumen estos temas positivamente, pero aprovecho para declarar que no solo no me anima ningún sesgo nativista en mi valoración “telúrica” (por caso la gauchesca bonaerense), sino mucho menos un determinismo morfogenético. En principio, aunque no exclusivamente, me seduce del *americanismo esencial* telúrico de Romero su implícita intención política, asociada a la tesis de una voluntad vital futurizadora, que Juan Arrieta adscribe correctamente a la nueva sensibilidad de los intelectuales del 900. Ahora bien, que la terminología “voluntad vital” (cuyos flecos remiten a Spinoza y Nietzsche, pero también al joven Marx, además de a Bergson y Simmel) cargue a su vez con la sospecha de “irracionalismo”, es materia de otro debate, pero evidentemente tampoco desconozco sus reparos. Semejante inquietud creo que provocan en Juan los nombres de Sarmiento y Keyserling, cuyas aristas polémicas no voy a limar aquí, y que en su perspicacia mi comentarista no elude. Nada más diré que mi referencia a

Sarmiento se debe antes a las deudas que mantiene Romero con él, y de un modo evidente su gran alter ego ensayístico, Martínez Estrada, que a una tergiversación teórica de mi parte, según desprendo de la objeción de Juan Arrieta, si es el caso. Entiéndase con ello que mi preocupación es antes por el *texto* y por las *ideas* del historiador Romero que por la presunta existencia de lo telúrico como esencia invariante del ser americano, que es otro problema, incluido el del poderoso canon (Astrada, Murena, Kusch) que Juan Arrieta se preocupa en no dejar pasar por alto. Punto en el que estoy mucho más cerca de Juan de lo que tal vez mi artículo sugiera, o de lo que él barrunte en su lectura.

Por último, creo que la controvertida figura de Keyserling, y más aún su dudoso aporte filosófico, incluida su apropiación por el nazismo, debe ser separada estrictamente de la lectura que un joven intelectual argentino hiciera como contribución (si se quiere menor) al largo debate americanista sostenido en *Sur*. José Luis Romero no fue precisamente alguien seducido por el totalitarismo y el “irracionalismo”, al punto de no explicitar casi nunca sus vínculos con Taborda. Lo que, es de suponer, lo hiciese para no quedar adherido a semejante acusación, como a veces sucediera con su maestro. En conclusión, creo que las incógnitas que plantea Juan -y que comparto- son fundadas y pertinentes, pero en términos generales, es decir no en referencia directa a mi objeto de estudio en el artículo, el pensamiento juvenil de Romero, cuyo *Erdgeist* exegético es más un gesto de autoafirmación filosófica *utopista* (ante lo cual Arturo Andrés Roig también a mí me motiva), que la postulación de un contenido esencialista ahistórico (y anti-popular) que, hay que decirlo, la idea misma del “territorio” es susceptible igualmente de padecer. Subrayo para terminar que, ante el espíritu de la tierra, mi propósito exegético es idéntico al de José Luis Romero: alentar, mas no sea en un breve esolío (ciertamente mezquino en referencias bibliográficas aunque espero que no tanto en lo que de veras cuenta, su postura axiológica) la vocación soberana de la *metáfora* telúrica.

